

¿Qué sueña el mundo?*

I S A B E L L E M O R I N

*No oigo que nadie pida perdón.
En todo caso, sé que no hay
nada que perdonar.*

Francine Niyitegeka,
superviviente tutsi

Las ideas no guían al mundo sino los sueños, lo cual ha de entenderse en el sentido de la alucinación. “He ahí que el mundo se halla enteramente suspendido al sueño del mundo”¹. Pero ¿qué sueña el mundo para ser tan cruel? Sueña con el objeto que le procuraría una completa satisfacción. De ello deduzco que sueña con su aniquilación porque si esa satisfacción existiese anularía al sujeto. Al ubicar las huellas de la repetición que regula la identidad de percepción, el psicoanálisis se orienta al revés. Busca captar el fantasma que organiza la vida psíquica, lo cual explica que se refiera tan poco al perdón, al olvido o a la venganza ya que su lugar no consiste en disponer sanción o perdón (que es el rol de la justicia) sino en permitir que el sujeto que pide el esclarecimiento de su acto abra los ojos. El psicoanálisis no juzga al sujeto, busca captar el fundamento inconsciente del paso al acto. No obstante, si la estructura de la pulsión aclara la crueldad, no por ello purgará jamás al sujeto de su responsabilidad. Sabemos que Freud rechazó siempre el discurso religioso sobre el amor al prójimo y sobre un glorioso amanecer. Buscaba saber qué real fundaba lo humano. El psicoanálisis convoca a un reencuentro con la crueldad en el corazón humano; la crueldad es uno de los nombres de lo real. No se trata entonces de una posición de perdón o de olvido pues ni uno ni otro pueden imponerse sin un mecanismo de forclusión, y lo que se forcluye retornará necesariamente, tal como nos lo enseñó la psicosis.

* Traducción del francés de Pío Eduardo Sanmiguel A. Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

¹ J. Lacan, seminario *D'un Autre à l'autre*, clase del 26 de febrero de 1969. En ese pasaje Lacan comenta el *Entwurf* de Freud para situar la alucinación y lo que la ética le debe a lo real.

² Jean Hazfeld, *Dans le nu de la vie*, París, Editions du Seuil, 1999.

En Francia se publicaron dos libros testimoniales sobre el genocidio cometido en Ruanda. El primero, que es el de los supervivientes², comienza así: “Entre el lunes 11 de abril a las 11 de la mañana y el sábado 14 de mayo a las dos de la tarde de 1994, fueron masacrados a machete aproximadamente 50.000 tutsis a manos de militantes y vecinos

hutus, sobre las colinas de la comuna de Nyamata, en Ruanda". Las matanzas a machete durante esas cuatro semanas provocaron más muertos que los que el tecnicismo nazi pudo lograr en el mismo tiempo. El segundo libro es el testimonio de los matarifes³. Es un libro raro porque pocos de esos criminales dieron fe de las atrocidades que se vieron llevados a cometer. Se dispone de algunos testimonios más, como el de Frantz Stangl, antiguo comandante del campo de Treblinka, entrevistado ampliamente por la periodista Gitta Sereny en su prisión o el de Eichmann, pero este último es más una defensa procesal que un testimonio.

Al preguntarse por la posición de los actores de crímenes de lesa humanidad, resulta por supuesto difícil definir posiciones subjetivas comunes pero sorprenden no obstante ciertas similitudes: por una parte, la ausencia total de culpabilidad, por otra, la obediencia incondicional a la que se consagraron y, por último, el goce inconsciente que guió a los matarifes. Señalaré otros dos elementos que resultan de esta lectura, sin retomarlos en detalle. Esos hombres se revelan incapaces de identificarse con la víctima, como si no tuviesen acceso alguno al otro, y dan fe además, por primera vez en la historia de los genocidios, de una completa ausencia de la más mínima solidaridad entre verdugos y víctimas⁴. Esos pocos elementos no dejan de tener implicaciones sobre la manera como nos vemos inclinados a ordenar el asunto del perdón. En efecto, poner en perspectiva los testimonios de los supervivientes y de los matarifes permite escuchar la discordancia entre lo que *la víctima* entiende por perdón y la noción a la que el matarife mismo puede acceder. Si de hecho este último no se siente culpable, el perdón no tiene significación alguna para él. Sus testimonios muestran que no tiene idea alguna del esfuerzo que tiene que hacer la víctima para perdonar y el autor subraya que cuando un criminal logra hacerlo, "es como si pidiese perdón a alguien a quien hubiese zarandeado en la acera". Un perdón de razón no reconoce el uno.

En cambio, para los supervivientes ya no se trata de perdonar. El sujeto ha visto lo peor, como si se hubiese desgarrado un velo que lo confrontase con un real, más acá de las palabras. El sujeto se halla en el *Até*, palabra griega que significa el "entre dos muertes"; debe volver al reino de los vivos. A veces la poesía puede ayudarlo a extraerse, a deshacer ese paso dado hacia la muerte. Sylvie lo dice así: "Si se regresa de allá abajo, se ha viajado a lo desnudo de la vida".

Así es como, con inmenso pudor, cinco años después de las matanzas de Ruanda, algunos daban un paso adelante para decir lo impensable.

Sylvie: "En el fondo de mí, no es asunto de perdón o de olvido sino de reconciliación. No hay nada que perdonarle al blanco que permitió que los matarifes hicieran su trabajo. Al hutu que masacró no hay nada que perdonarle. No hay que malgastar palabras para hablar de eso con él. Sólo la justicia puede perdonar... Una justicia que le



³ Jean Hazfeld, *Une saison de machettes*, Paris, Editions du Seuil, 2003.

⁴ En toda exacción, sin excepción, incluyendo el drama de la Shoah, ciertos verdugos habían mostrado un momento de compasión por sus vecinos o por un niño.

otorgue un lugar a la verdad, para que el miedo se esfume... es posible que algún día pueda tener lugar nuevamente una cohabitación o una ayuda mutua entre las familias de quienes mataron y de quienes fueron asesinados.

Pero, en lo que nos concierne, es demasiado tarde porque desde entonces hay una falta. Habíamos dado pasos en la vida, fuimos segados⁵ y retrocedimos. Para un ser humano es muy grave encontrarse detrás del sitio donde él se hallaba en la vida”⁶.

Francine: “A veces, sentada sola sobre una silla en la veranda, imagino una posibilidad: si, un lejano día, un cohabitante se me acerca lentamente y me dice: ‘Buenos días, Francine, vine a hablarte. Mira, fui yo quien trozó a tu mamá y a tus hermanitas. Quiero pedirte perdón’, entonces, a esa persona, no podría responderle nada bueno. Cuando un hombre se ha bebido una Primus⁷ de más y golpea a su mujer, puede pedir perdón. Pero si ha trabajado matando todo el mes, aun los domingos, ¿qué puede esperar que le perdonen?”⁸.

El testimonio de Elie, quien participó en las masacres: “Las matanzas nos excedieron, también el perdón nos excede. Nunca se habló acertadamente de las matanzas en el tiempo de los pantanos; no sé si pueda hablarse acertadamente de perdón ahora que todo ha terminado por completo.

Esto digo yo: quien haya medio mostrado su arrepentimiento antes del final de los descuartizamientos y quien haya abandonado los pantanos por su propia voluntad, dejando atrás un trabajo sucio, quien de esa manera haya perdido los lucros del saqueo y la consideración de sus colegas, ése podría ser perdonado de corazón.

Pero para nosotros los demás, lo que proponemos es un arrepentimiento de prisión, y nos lo van a cambiar por un perdón de razón. A pesar de todo es un perdón, pero el último que queda. Un dejar a cuenta del perdón, si puedo decirlo.”

Jean Hazfeld se pregunta cómo pueden los matarifes contar detalladamente las matanzas y nunca soñar con ellas ni sufrir por ellas, allí donde los sobrevivientes sueñan, de manera traumática, con las masacres. Los criminales las cuentan como hechos sin subjetivarlas, como si no se vieran afectados por éstas, como si no estuviesen ahí. No es represión sino otros mecanismos de defensa que examinaremos más adelante.

Léopold: “Como yo mataba a menudo, empezaba a sentir que eso no me producía nada. No experimentaba placer, sabía que no me castigarían. Mataba sin consecuencias, me adaptaba sin problemas. Salía por la mañana sin malestar. Tenía prisa por llegar. Veía que tanto el trabajo como el resultado eran benéficos para mí, es todo.

Durante las matanzas, nada particular entraba en consideración sobre la persona tutsi, salvo que tenía que ser eliminada. Preciso que desde el primer señor que maté hasta el último, nunca lamenté a nadie.”

⁵ Segados a machete.

⁶ Palabras de Sylvie, trabajadora social y panadera en Nyamata.

⁷ Cerveza belga.

⁸ Palabras de Francine, cultivadora.

||

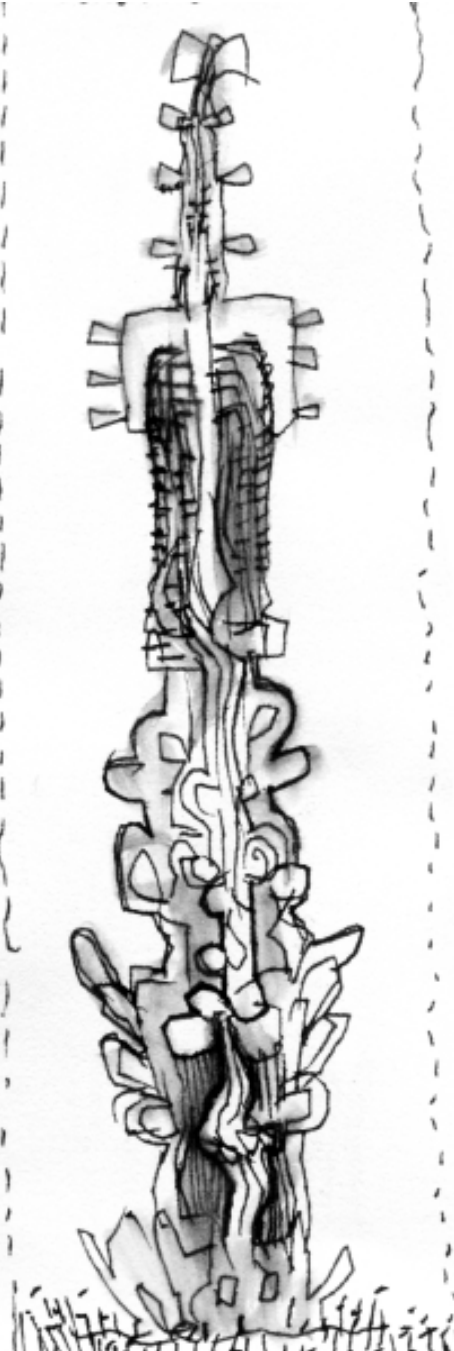
Intentemos ahora captar qué está en juego para un sujeto que ha participado en tales pasos al acto. Tres posibilidades tiene el sujeto para orientarse en sus acciones: o bien se decide a partir del fantasma inconsciente que lo anima y ajusta su posición al Otro, o se somete al deseo del otro; en esos dos casos, al obedecer, el sujeto evita la tercera solución que consistiría en orientarse por el deseo que lo anima, que ha de distinguirse claramente de su goce inconsciente. Puede esperarse que un psicoanálisis trate la sumisión a las figuras paternas, lo cual es incluso una de las condiciones para el fin de la cura. Por ejemplo, las instituciones psicoanalíticas no son ajenas a ese vínculo con la autoridad puesto que las numerosas crisis que colorean su historia dejan ver el vínculo entre el resto transferencial no tratado en las curas y la posición de *servidumbre voluntaria*, tal como pudo nombrarla La Boétie.

Lo que está en juego en la obediencia incondicional se constata en la tensión que se le plantea a un sujeto entre el orden, la autoridad del Otro y su conciencia, es decir, su facultad de juzgar. No obstante, se nota curiosamente que algunos pueden tener un superyó feroz pero sin conciencia alguna de la gravedad de sus actos. Los testimonios de los actores de la Shoah, como el de Eichmann o Stangl⁹ (quienes implementaron el mayor de los crímenes contra la humanidad, aquel que se perpetró contra el estatuto de ser humano), lo demostraron particularmente al insistir en el amor al trabajo bien hecho.

Hay ciertos aspectos que quedarán oscuros para los historiadores sobre los resortes psíquicos que posibilitaron que una gran mayoría de hombres comunes hayan podido ser actores de tales dramas. Sin duda se necesita de *lo inconsciente* para captar lo que le sucede al sujeto. Los testimonios, ya lo hemos visto, tienen en común la ausencia total de arrepentimiento y culpabilidad; los de Eichmann y Frantz Stangl muestran sin embargo que son neuróticos comunes. Tuvieron un alto nivel de responsabilidad en la implementación del plan de matanza en masa. Ambos obedecieron órdenes superiores y se sienten libres de toda responsabilidad por el hecho de la obediencia que debían a sus superiores, como si la obediencia, virtud suprema para ellos, los librara de toda responsabilidad. Esos criminales trabajaron en la destrucción del vínculo social. Presentan numerosos rasgos de estructura idénticos a los de los matarifes de Ruanda aunque, a diferencia de éstos, nunca hayan matado con sus propias manos. Obtenemos de esta manera un ternario compuesto por aquel que piensa el genocidio y lo ordena, aquel que es cómplice de la orden y aquel que la ejecuta. Hay que agregar que en sus vidas privadas, estos dos hombres, Eichmann y Stangl, tienen la capacidad de amar, de ser sensibles al arte y la vida, son buenos padres, no se presentan como monstruos sanguinarios sino como sujetos cuya voluntad fue la de ser neutros, es decir, la de no estar allí para darle lugar al Otro de la ley.



⁹ Frantz Stangl era comandante de los campos de Sobibor y de Treblinka, y sus entrevistas están publicadas en el libro de la periodista Gitta Sereny, *Au fond des ténèbres*, París, Denoël, 1993.



Acaso sorprenda constatar en adelante hasta qué punto esos hombres fueron presa de una extrema ceguera, de un nada querer notar, en el acto y tras el acto, rajados entre lo que notaron y lo que desconocen, con una cuenta cuyo saldo total es el de una especie de ausencia para sí mismos. Reconocemos uno de los modos de defensa mayor que Freud llamó denegación, *Verleugnung*. La denegación se caracteriza por esa modalidad de rechazo a saber. Es esa operación mental la que le permite al sujeto velar la contradicción o la incompatibilidad entre dos elementos. Es el origen de la ceguera: hay *una parte de lo real* que le es definitivamente rehusada al saber. Esos hombres revelan que el velo que extendieron les permitió sustraerse de la operación, o bien interponiendo al Otro de la ley, o bien no estando allí, lo cual da lo mismo. Esa rajadura les permite ignorar la gravedad de lo cometido y hace ilegible e indescifrable su complicidad con el Otro del fantasma. Le han entregado a éste el peso del pensamiento y de la decisión, y al hacerlo renuncian a su facultad de juzgar. La necesidad de someterse se arraiga en la relación ambivalente con el padre entre amor y odio, como si el odio primitivo contra el padre hubiese desaparecido y en su lugar quedase únicamente la voluntad de someterse a sus órdenes para descargarse del peso de desear.

He aquí, a manera de ejemplo, cómo Stangl resuelve el problema de conciencia que su posición habría podido plantearle: dice que la obediencia era asunto de supervivencia y lo único que podía hacer era limitar sus acciones al campo en el que habría podido responder en absoluta conciencia. Da entonces un ejemplo de lo que entiende por responder en absoluta conciencia. Dice que la definición de crimen que aprendió en la Escuela de policía tenía que satisfacer cuatro condiciones: eran necesarios un sujeto, un objeto, una acción y una intención, y si alguna condición faltase, no nos encontraríamos ante un crimen condenable. Precisa que sólo podía vivir si su pensamiento lo dividía en compartimentos, y para lograrlo se decía: “Si el sujeto es el gobierno, el objeto los judíos, la acción atacar con gases asfixiantes, entonces podía decirme que la intención [a la que llamaba libre voluntad] faltaba”. De esa manera, en ningún momento piensa que él podría ser el sujeto, porque si se diera cuenta de ello ya no podría negar que allí podría haber intención sin que lo supiera. Entonces, se sustrae en el razonamiento, lo cual explica que no tenga nada que ver con eso, puesto que él no se cuenta. En general, se trata del funcionamiento del neurótico obsesivo que no está allí e instaura, en su pensamiento, las dos modalidades de defensa de las que habla Freud, aislamiento y anulación retroactiva. Stangl precisa que era como un desdoblamiento del pensamiento. Sobre la famosa reunión de Wansee en la que se decidía la suerte de los judíos, Eichmann precisa que “ha experimentado la satisfacción de poder lavarse las manos como Poncio Pilatos, porque se sintió virgen de toda culpabilidad”. Es una confesión de culpabilidad porque si Poncio Pilatos se lava las manos ¿no es acaso para intentar lavar su falta, particularmente la que consiste en cerrar los ojos? “Yo

era, dice Eichmann, un instrumento en manos de fuerzas superiores. Tenía que lavarme las manos con toda inocencia respecto a mi yo íntimo.”

La rajadura recae sobre el goce inconsciente que los animó en sus exacciones. Stangl ofrece una breve indicación al respecto cuando dice: “Lo que me interesaba era descubrir a los tramposos, sin importar quién fuera; mi moral profesional decía que cuando se cometía una falta, había que descubrirla. Era mi trabajo, me gusta hacerlo, me satisfacía. Pues sí, mi ambición recaía sobre ese punto, no puedo negarlo”. Es una confesión de su goce inconsciente: descubrir la falta del otro. Se pregunta uno qué padre tuvo para querer descubrir toda su vida la falta y a los tramposos. Cuando él nació, su padre era celador nocturno. Pero era un antiguo dragón del regimiento elite de la armada imperial austrohúngara y sólo lo habitaban los pensamientos de la época en que estuvo de servicio en los dragones. Su uniforme, meticulosamente planchado y cepillado, estaba colgado en un ropero, aunque eternamente vacío. El hijo nos dice que se satisface muy precisamente descubriendo si hay trampa desenmascarando la falta. Evidentemente puede pensarse que el tramposo es el padre, quien trampea sobre el deseo. Frantz Stangl, tras haber hablado durante meses, termina por reconocer su parte de responsabilidad, en el momento más conmovedor de su testimonio, por ser el más auténtico y terrible a la vez. Sólo puedo señalar cómo terminan sus entrevistas para mostrar lo que puede suceder cuando se desaloja a ciertos sujetos de su posición de no querer saber nada. En la última página de su libro, termina diciendo: “Tengo la conciencia limpia sobre todo lo que yo mismo hice”, espera un momento y agrega “nunca le hice mal a nadie yo mismo voluntariamente”. Silencio prolongado. “Pero ahí estaba yo”, agrega, luego nuevamente un largo silencio y una voz cada vez más cansada “entonces en realidad tengo mi parte de culpa... sí, porque mi falta...” No había nada más qué decir, eran las cinco de la tarde. Stangl murió 19 horas después, al mediodía siguiente, de un ataque cardiaco. No se mató. La autopsia lo confirmó. Guitta Sereny plantea que murió porque enfrentó la verdad de su culpa, como si en cierto momento ya no pudiera desmentir y se halló ante el horror de su acto. Dice ella que en ese momento llegó a ser el hombre que habría debido ser. En esta confesión se mostró por fin como sujeto dividido.

Pio, uno de los asesinos, resume bien lo que llevó a cada cual a esos crímenes: “Me pareció válida la causa¹⁰ por glotonería y por obediencia, y me lancé a los pantanos”. El goce¹¹ y la obediencia son los dos agujones de esas masacres entre hermanos. Para concluir tenemos que extraer algunas consecuencias de lo que aprendemos de esos testimonios. ¿Puede pensarse algún perdón para esos sujetos que no conocen la culpabilidad por no pedir ellos mismos más que un “perdón de razón”? Perdonar a quien no lo pide sería comprometer para siempre una subjetivación de sus actos, lo cual lo humanizaría. Ahora en términos colectivos: un Estado que preconizase olvidar y

¹⁰ La causa válida era la de las matanzas.

¹¹ Goce de los bienes así como de las parcelas de tierra, las casas y los utensilios.



perdonar para favorecer una reconciliación nacional, privaría a su pueblo del trabajo que podría garantizarle una transmisión para las generaciones futuras. Para que esta transmisión pueda tener lugar, ante todo debe tratarse de permitir que la vergüenza cambie de bando. Porque en este sentido los testimonios son elocuentes: la vergüenza está del lado de las víctimas humilladas. La historia ha demostrado ampliamente que los intentos de forclusión de la destrucción del vínculo social fracasan y que, aquello que se creía borrado por siempre jamás, vuelve siempre de la peor manera¹².

Ante tanto dolor, sólo una gran humildad permite entender, levantar acta con los sobrevivientes de sus salvajes travesías. Hay quienes demuestran que pueden tratar el dolor psíquico inventando los medios para hacer habitable lo que ya no lo era, a veces, en el mejor de los casos, percibiendo su propia inhumanidad. Sugerí antes que la poesía (para quienes les han robado durante un tiempo su humanidad¹³) podía ser un intento de decir lo indecible de este horror y de extraerse de él. “Nuestros temores se envolvían en hoja de silencio”, dice Berta. Entonces no estoy de acuerdo con la posición de Adorno, quien planteaba que después de Auschwitz ya no era posible la poesía. Al contrario, es allí, en el punto indecible, que puede haber poema. El asunto ya no es el del perdón con su irrisorio sabor, sino el de vivir con eso. Para concluir, le dejo la palabra a Francine: “Apenas cierro mis ojos sobre eso, lloro en mí, de pena y humillación”.

¹² Precisemos que consentir colectivamente el perdón no implica la venganza, la cual ha de quedar igualmente excluida para que las víctimas no se transformen a su vez en verdugos.

¹³ Inocente, Riwezila cuenta: “Cuando un hutu atrapaba a una tutsi embarazada, empezaba a horadarle el vientre con una cuchilla. Ni siquiera la Hiena manchada imagina ese tipo de vicio con sus caninos”, haciendo eco de esta manera a la fábula de Baltasar Gracián. Stangl también decía que consideraba los niños judíos como cargas.

